

Monteverdi y el escarabajo maoista

A Julián Barrio, melómano au-delà des apparences

Mientras cruzas el umbral de la Puerta del Sarmental no dejas de mirar atrás. La cola se extiende adosada a los muros del claustro alto hasta más allá de la calle de la Paloma, impidiendo el paso de los que buscan el solaz de la tapa y el vino. El disfraz con el que se han ataviado las hormigas para esta noche es ostentoso. Tu camiseta gris de algodón rima a la perfección con tus vaqueros, pero cruje al lado de tanta sobria elegancia. Menos mal que a tu lado camina Julián, tu perfecto contrapunto invertible, que ha sido capaz de conseguir vuestras invitaciones para flanquear la puerta que vigilan con recelo los ancianos del Apocalipsis.

Ya estás en la nave del transepto, abarrotada de sillas plegables de madera, con una anónima hormiga encima de cada una. Parecen miles, no serán tantas, piensas, mientras azafatas de ropa oscura e intenso maquillaje te van anunciando el espacio libre restante al lado de las capillas de Santa Ana y San Nicolás, lugares desde donde ya sabes que no se vislumbra ni un solo escalón de la fastuosa Escalera Dorada. Iluminada con velas, sirve de fondo al escenario donde se llevará a cabo el concierto. La acentuada comba de un grueso cordón granate separa a la realeza de las hormigas. Para tu sorpresa, y a pesar de estar sentado ya en una silla de visión ciega, Julián te llama: uno de los seres de tejido de ébano, retira el cordón para que paséis y os indica las dos sillas asignadas a vuestro nombre. Sabes que no te llamas Guillermo Díez Arnáiz, da igual, el resto de prebostes lo sospecha, pero no te dice nada, es como si no existieras. Es lo mismo, tienes la invitación en tus manos, qué más da como haya llegado hasta ellas. Te sientas y miras hacia atrás, a la masa de hormigas cuyo rumor lejano te llega rebotado y amplificado por el milagro acústico de piedra que te rodea. Tu cuello, antes de volver hacia adelante, describe un giro ascendente hacia las alturas y se encuentra con el cimborrio, casi en el cielo, digno sombrero de copa de lo que cubre. Te entretienes viendo los corrillos que se forman en el espacio una vez traspasado el cordón que deja atrás al temeroso hormiguero. Ahora pisas, el terreno de los Blattodeos, seres correosos donde los haya, que se adaptan de tal forma al espacio vital que les rodea que se deslizan con comodidad por cualquier resquicio por estrecho que sea. Conoces sus hábitos alimenticios de sobra, materia orgánica muerta o en descomposición, así que te dedicas a observarlos, sentado cómodamente desde tu silla, por si les da por devorarse entre ellos. Guardan las apariencias y sólo ves manos que desean ser estrechadas, que se mantienen en vilo esperando la salutación que les haga sentirse presentes, vivos; algunos esperan en vano, pero fuerzan una sonrisa en su cara de cartón piedra. Otros consiguen su objetivo y deslizan sus extremidades una y otra vez, aquí y allá, en un perfecto canon a infinitas entradas. Tú también estrechas un par de manos, faltaría más y saludas a un conocido, otra nota extraña a la armonía como tú en tan noble espacio, que poco después te presenta a la persona que más ha hecho por humanizar esta catedral: un escritor, cuya indumentaria compartes y a partir de ella todo lo demás. Sin duda, el contrasujeto más atinado para el tema de las cucarachas, la sensible que nos obliga a todos a mirar hacia la tónica, el saltamontes que nos alegra nuestro caminar por la hojarasca. Al otro lado del pasillo, ves a otro conocido que no puedes saludar y te preguntas, no ya qué haces aquí, sino qué eres tú. Por esta noche, mudas tu piel de bastardo de Procusto por la de aprendiz de Gregor Samsa,

o al menos eso crees. La hora del comienzo se retrasa levemente, una mirada más hacia atrás para corroborar que la muchedumbre que ronronea sigue ahí, expectante y te fijas en dos hormigas viejas sentadas en la primera fila del hormiguero. ¡Cuánto tiempo habrán estado guardando la cola para estar sentadas ahí!, aunque imaginas que no habrá sido el amor por Monteverdi lo que les habrá motivado la tediosa espera. ¿Qué entonces? Te encantan las preguntas retóricas. Miran, observan, y no paran de gesticular con sus manos que vuelven siempre a sus bolsos, bien acomodados sobre sus rodillas. Hablan entre ellas y en algún caso señalan hacia la oscura familia *Blattidae*. El comienzo se hace esperar, parece como si los músicos, aleccionados de antemano, dieran tiempo a que terminara el rito del frotamiento de los dorsos que tanto te divierte, pero tú también empiezas a impacientarte y deseas que dé comienzo de una vez la *Verwandlung* colectiva. Se oyen aplausos desde la nave central. Los músicos se acercan con paso firme desde la capilla de Santa Tecla atravesando con su caminar seguro toda la nave mayor. Te fijas en una violinista de rasgos hindúes mientras asciende entre aplausos a su posición junto a la Escalera Dorada. Debe de ser la disonancia que se traen consigo los italianos del *Concerto* homónimo. Las últimas cucarachas en pie hacen honor a la familia y se deslizan con rapidez hacia sus asientos.

Esto no es Venecia, ni San Marcos, pero pretende ser una recreación musical de las Vísperas solemnes para la festividad de San Marcos. Estas *Vespro Solenne per la festa di San Marco* apócrifas, beben de la grandiosa *Selva morale e spirituale*, aunque la introducción comience con la misma música que Monteverdi utilizara para las *Vespro della Beata Vergine*, que no es otra que la *toccata* de la introducción de su ópera *L'Orfeo*, compuesta tres años antes. Cucarachas, hormigas y demás insectos perdidos por el templo, aplauden y se sorprenden con los primeros sonidos de la fanfarria; quien sabe si a partir de este momento y durante una hora pasada busquen sin saberlo –ojalá alguno lo encuentre– en lo más profundo de su alma la mutación que los libere.

Qué tipo tan extravagante este Monteverdi. Cumplidos los setenta le da por publicar una colección de música sacra que representa la perfecta síntesis de todos sus logros profanos. Treinta y siete piezas utilizando todas las distribuciones vocales conocidas y exprimiendo al máximo tanto el plano musical como el espiritual. En verdad se trata de una auténtica selva, frondosa y enmarañada, que alberga la colección de música religiosa más ambiciosa de su época. No es descabellado pensar que pueda tratarse de todo el legado musical del maestro cremonés compuesto a lo largo de sus treinta años en San Marcos. Más que de su testamento, quizás sea mejor hablar de su manifiesto, su visión del arte de la música: por aquí desfilan tanto madrigales vocales, no desprovistos de la misma carnalidad sonora que atesoran sus hermanos profanos, como motetes más o menos virtuosos, rigurosa polifonía renacentista, salmos concertantes y partes instrumentales obligadas dignas de pertenecer a la mejor música de cámara. Todo amalgamado con el saber de un genio y la sabiduría y el conocimiento del alma humana que un hombre maduro e inteligente puede tener. El hijo de aquel humilde barbero que hacía a veces de cirujano *freelance*, cambió a tiempo los aires provincianos de la ciudad de Mantua por los más cosmopolitas de la Serenísima República de Venecia. Cambió de patrón y no dejó de rebelarse, tanto en el plano humano como en el artístico, sabiendo mantener un equilibrio entre su pagador y su conciencia.

Siempre te ha fascinado esta faceta híbrida de Monteverdi, la adaptación que hace del mundo que le rodea para satisfacer sus pasiones humanas y artísticas. Acumulas tantos papeles en casa sobre esta dualidad que te preguntas si alguna vez te pondrás a ordenarlos, si se verterá toda esa información recopilada durante años en un discurso escrito. Demasiados frentes abiertos para un humilde grillo.

La piedra de la catedral ya te devuelve las resonancias de los primeros salmos y las primeras *antiphonas*. La música es de seda pero los textos son auténticas pedradas para los adoradores de los falsos ídolos. Tienes claro que el genio escribe la música, no el texto. Miras al cimborrio y te acuerdas del segundo de los Felipes, que en el infierno esté. Una tras otra, se van sucediendo las partes más fastuosas de la selva monteverdiana: el *Dixit Dominus Secondo*, el *Confitebor tibi Domine Secondo*, el *Beatus vir Primo*, el *Laudate pueri Primo*, el *Laudate Dominum Secondo* y un breve, jugoso, sencillito y genial *Deus tourum militum* alterado. Y sin respirar siquiera, ha llegado el final, el *Magnificat* (la primera de las versiones contenida en la *Selva Morale*) y te reconcilas con el texto, justo cuando debe desplegarse el brazo: *Fecit potentiam in brachio suo*. Esta parte, piensas, bien podría llevar la firma de un Marx o un Lenin, o incluso que la gritara convencido y entregado cualquier anónimo obrero de camisa abierta y puño grasiento en alto: *Desplegó el poder de su brazo / y apartó de su corazón a los soberbios. / Derribó a los poderosos de su trono / y exaltó a los humildes. / A los hambrientos llenó de bienes / y a los ricos despidió vacíos*. Y precisamente en este momento, la música de Claudio, alimentada por su original estilo *concitato* (agitado), muta en sonoridades bélicas, reivindicativas, voceadas puño en alto. Esas figuraciones musicales violentas, notas repetidas rápidamente, vigorosos trémolos, rápidas escalas y arpeggios, expresan mejor que nada las emociones violentas, como la ira del que clama la justicia robada de los pobres y los oprimidos.

Bajas ahora tu mirada al suelo y ves junto a tu zapatilla a un diminuto Sísifo negro empujar una bola de estiércol que le triplica en tamaño. Nadie le molesta en su caminar, no en vano, es el dueño de la casa. Ya desde época faraónica es considerado un símbolo de resurrección y vida eterna, el auténtico *quodlibet* de esta historia. Cuando los coptos, los primeros cristianos en tierra egipcia, realizaron la primera variación de este tema tan popular, convirtieron a Jepri, el dios con cabeza de escarabajo capaz de autocrearse cada mañana, el dios que empujaba al sol por el cielo, la joya de moda en la antigüedad, en Jesucristo, al que con buen criterio se empezó a llamar Bonus Scarabaeus (el buen escarabajo). Monteverdi atruena, pero el tiempo parece detenerse; las melodías de cada loncha del *Magnificat* resuenan de forma simultánea en una especie de polifonía del instante, cada una superponiéndose encima de la siguiente como en un enorme bocadillo. Pero *sacer* avanza impasible a pesar de las constantes y engañosas semicadencias. Lo ves alejarse de ti pero distingues cada vez con mayor nitidez la diferente longitud de los pelillos que recorren sus patas desde la coxa al extremo del tarso. Tras la cadencia perfecta del verso *Sanctum nomen eius*, las cosas parece que empiezan a cambiar. La bola sigue rodando con soltura pero ahora ha perdido su dirección recta y firme y parece vagar sin rumbo de un lado a otro; demasiadas entradas vocales. Quien la empuja, Cristo “anamorfosiado”, utiliza sus patas delanteras con tino evitando que las cucarachas la llenen con su esperma, pues parece que quieren inseminar a toda costa su adorado objeto de deseo. Gira su cabeza y te mira: *Fecit potentiam in brachio suo*, responden sus antenas con gestos de sordomudo. Sus mandíbulas delgadas y membranosas no paran de moverse y en comunión con sus palpos maxilares parecen dibujar una sonrisa socarrona. Todos parecen

querer atiborrar con su semen la pelota pero se ven incapaces ante la destreza en el arte del requiebro del escarabajo. El suelo comienza a estar pegajoso con tanta secreción fallida y es ahora cuando notas por primera vez un leve cambio en el tono negruzco del valiente guerrero; sigue siendo resplandeciente pero comienzas a ver tonos irisados refulgiendo sobre su protórax. La música parece que llena cada uno de los rincones del templo, mas no se trata de una metáfora, porque notas que desde cada uno de los rincones el sonido rebota amplificándose cada vez más. El instante se alarga como suspendido y una suerte de segunda metamorfosis, o *seconda prattica*, según se mire, comienza a producirse en el pequeño coleóptero. Con cada decibelio de más su tamaño también aumenta al tiempo que muta su color hacia un rojo cada vez más evidente. Como el globo de helio de un niño, se agiganta rápidamente, sube y va expandiéndose en todas las direcciones, encontrando en el hueco del cimborrio su natural *lebensraum*. Tú ya sólo miras hacia arriba y puedes observar con claridad cada una de las partes de su amplificado abdomen; ves, por ejemplo, que se trata de un macho ya que carece de ovipositor. Ves cómo se estiran cada uno de los diez segmentos del abdomen, oyes incluso el ruido que hacen al crecer, parecido al chisporroteo continuado de unas brasas. Nunca pensaste que podría haber un contrapunto a la música de Monteverdi tan conmovedor. El cuerpo es ya completamente bermejo y comienza a hacer presión sobre los nervios de la calada estrella de su zénit, ayudado, sin reclamar diezmo, por el cromatismo ascendente de Monteverdi. Hace rato que las vidrieras del doble cuerpo de luces que anteceden a las ocho puntas de piedra han saltado silenciosamente en mil pedazos, pero no te habías dado cuenta porque no era vidrio lo que caía sobre tu cabeza, sino un suave confeti multicolor de sabores. La presión va aumentando con cada decibelio extra, el volumen ahora es atronador pero tu tímpano no se resiente en absoluto. Un instante ensordecedor detenido y perpetuo y un *crescendo* insecticida sin límites. Las guedejas ornamentadas sin fin que se suceden en el verso *gloria patri* terminan de alimentar al insecto, ya que la niña bonita de Juan de Vallejo revienta finalmente y el escarabajo rojizo queda encajado a cielo abierto en el nuevo espacio recién creado: la cabeza, el protórax, mesotórax y los élitros quedan expuestos a la luz de las estrellas verdaderas, mientras que las patas, alocadas en su movimiento, parecen sostener un enorme huevo que, cual alfarero celoso, no paran de hacer girar a toda velocidad. Por fin sostienen el huevo con firmeza y se detienen. A la vista de la congregación queda el nuevo diseño de la bóveda del cimborrio: un colosal escarabajo rojo que sostiene entre sus patas vellosas, no un huevo, como pensabas, sino de la cabeza de Mao Zedong, bien horonda y majestuosa reinando desde las alturas. Poco a poco, como a cámara lenta, se va dibujando una sonrisa en su rostro de huevo que asciende sincrónica con el *rallentando* final del Maginificat. En el preciso instante en que sus labios rozan sus párpados caídos se oye inmensa la tercera de picardía final. Exhala un suspiro y todo se detiene.

Cuando el último de los sonidos aún no se ha desvanecido del todo y pervive, aún, rielando en algún poro de la piedra, llegan los primeros aplausos, cálidos, generosos y frondosos como la selva que los ha alimentado. Te quedas observando hipnotizado los nuevos corrillos de cucarachas que se forman después incapaces de alzar la vista hacia arriba; mientras, la línea separa-hormigas cumple su función, impidiendo al numeroso clan de los *Formicidae* acercarse. Su curiosidad insatisfecha se contenta con observar, como tú. Pasan a tu lado sendos ejemplares machos muy viejos de mantis religiosa con sendos bubones blancos en su cuello. Se pasean confiados, no en vano es su hábitat natural, pero buscando una mirada que les invite a

unirse a alguno de los coros. En uno de ellos alguien gesticula sonriente mientras se ve rodeado de bocas que, a su pesar, dibujan un amago de sonrisa nerviosa. Ves de repente a la más gorda de las cucarachas practicar el arte de la fuga. Tras observar la farsa durante un buen rato, te levantas y abandonas junto a Julián que todavía sufre los efectos de la catarsis musical provocada por el bueno de Claudio el edificio por la puerta de Santa María. Pero en tu cabeza retumba una duda y te preguntas por qué el rostro de Mao y no otro. Ya puestos a declarar santo a un asesino de ese calibre podría haber sido el rostro de su seguidor más sanguinario: Pol Pot, o el del campeón en hacer desaparecer seres humanos en masa, el de Iósif Stalin; ¿Por qué entonces el elegido es *El Gran Salto Adelante*, ese gran eufemismo que mató de hambre a millones de personas? No encuentras respuesta en ninguno de los otros símbolos del templo. Por si acaso, miras antes de salir, el rostro de las estatuillas del coro, no vayan a estar tallados ahora en ellas Hô Chí Minh, Lenin o las mismísimas barbas de Fidel Castro. Cabe una duda razonable. *Magnificat anima mea Dominum.*

Una vez integrado de nuevo en el bosque con el resto decides buscar comida, al fin y al cabo, aunque tu alma ya hace su digestión, el estómago entona un bajo *ostinato* bien conocido. Corroboras que ningún ser vivo puede escapar a los impulsos vitales de su especie y que la metamorfosis es incompleta. Y la ciudad de Formigal no es diferente.

Claro, Tú eres yo y él ya no es nadie.